

La Juventud Literaria.

SE PUBLICA LOS DOMINGOS

Año VII.

Murcia 13 de Enero de 1895.

Núm. 247.

Suscripción: En Murcia, 50 cts. al mes.
Fuera, 2 pesetas trimestre — Anuncio y periódico 1 peseta al mes.

Director: Ramón Blanco Rojo.

Imprenta y oficinas: Mariano Padilla, 49.

La correspondencia al director. No se devuelven los originales. Número suelto 10 céntimos.

La Juventud Literaria.

PALIQUE.

La verdad es que hace un frío que se chupa uno los dedos; por más que no hay que extrañar, pues estamos en Enero.

Lo portentoso sería que este frío lo sintiésemos en Julio, ó bien en Agosto, porque ahora es en su tiempo.

Ahora podrán convencerse aquellos que sin talento y que á la ligera obrando las capas en los empeños metieron este verano, sin contar con que el invierno había de venir al fin con ese fatal cortejo de borrascas y de aguas y de frios y de hielos.

Es muy cómodo, muy cómodo vaya si lo es, ya le creo empeñar en el astío la ropica del invierno: pero el verano se acaba y hay un día en que conocemos que fuimos unos panolis y que obramos de ligero, pues se acabaron los cuartos que por la capa nos dieron y estamos, es natural, muertos de frío y encueros.

Lección es muy provechosa la de estos padecimientos, si es que nos sirve de algo para el año venidero; y si en Cartagena hay toros pues que se diviertan ellos, es decir, que se diviertan ellos, los cartageneros, pues es prudente, que cuando no contamos con dinero, en vez de empeñar la capa en casita, nos quedemos.

* * *

Pues señor, en todas las casas donde hay pollos y pollas no se habla más que de la polémica que se sostiene en este semanario, sobre ¿quién ama más? ¿la mujer ó el hombre?

Yo di mi pobre opinión, diciendo, que el amor del hombre es más verdadero que el de la mujer.

Al decir esto, tenía mis motivos; y como que no soy hipócrita, dije lo que mi corazón sentía.

Creo, que al obrar de este modo, obré co-

mo caballero, pues todo el mundo sabe, que el que dice la verdad alaba á Dios.

Era por el año de 1890, cuando conocí en Alcoy á una joven hermosísima, de la que me enamoré perdidamente.

Por entónces cumplía con el sagrado deber de servir á la Pátria, vistiendo el honroso traje de soldado.

Antonio Romero, hijo del teniente coronel, era mi mejor amigo, bromista y ocurrente, como pocos.

Nos queríamos como hermanos.

Apenas salía del cuartel, me transformaba en un gomoso elegante.

Una tarde, en que mi amigo y yo íbamos por la calle de San Nicolás, de dicho punto, vimos en un balcón á cinco lindas señoritas; las saludamos, pues mi amigo las conocía. Una de ellas llamó á éste, y no se cruzarían entre ambos cuatro palabras, cuando nos invitó á que subiéramos.

¡Qué dichosa tarde fué aquella para mí! Se bailó y se cantó.

Dos horas estuve en aquella casa y me parecieron dos segundos.

Nos despedimos y quedamos en volver al siguiente día.

A mi amigo le preguntaron que quién era yo, y dijo que un buen chico, y que tenía en Crevillente una gran fábrica de papel de estraza.

Yo no tuve más remedio que pasar por fabricante de papel, hasta ver si salía triunfante en mi empresa.

A los ocho días de haberla conocido, alcancé lo que deseaba.

Ese día fué el más feliz de todos los de mi vida.

Cuando ya me había dado algunas pruebas de cariño; cuando ya conocía mi manera de ser; cuando creí que ella me amaba, le conté la verdad, y en vez de premiar mi lealtad... me olvidó.

¿La ingrata se deshonraría al hablarle á un soldado?

Puede ser.

¡Qué desengaño! Esa mujer me dijo días antes que me amaba con locura, y que dudaba de mí, pues no llegaba á creer que la amase tanto como le decía.

Creo, mis queridos lectores, que al decir que la mujer no ama tanto como el hombre, tenía mis motivos. El proceder de esa mujer para conmigo, me laceró el corazón.

Ahora, para todo aquel que critique la conducta de la mujer, le ruego que lean á D. Severo Catalina y á nuestro comprovinciano, D. Federico Torralba, que la presentan de tal manera, que no hay hombre,

que al leer sus obras, no las defienda.

Tampoco hay que olvidar que no hay regla sin excepción.

El amor de la mujer, pese á quien pese, es más verdadero que el de el hombre.

Todo lo que he escrito censurandola, todo absolutamente, lo retiro.

El que dice la verdad alaba á Dios.

Con tantos papeles he traginado que tratan sobre el amor, que pienso hacer una recopilación de ellos, para publicarles en mi modesto semanario, y si me apuran, recordaré á Mme. Stael, á Souvestre, á Fernán Caballero, y á otros muchos que han escrito sobre la mujer, desde San Juan Crisóstomo hasta nuestros días.

Ahora, solo me resta decir á los señores Malvastre y Sicluna, que yo las defiendo, y que si siguen en la creencia de que el hombre quiere más que la mujer, que me lo prueben, más tengan en cuenta que serán vencidos, mal que les pese.

¡Banditas sean las mujeres, aunque no quiera Ibo Alfaro!

Mi querido y buen amigo, el ilustrado profesor de instrucción primaria de la Casa de Misericordia, D. Alejandro Lorenz y Bueso, también escribirá algo sobre este asunto en el número venidero.

Veremos lo que dice.

Ramón Blanco.

No te quepa duda

Si ves una chica,
preciosa muchacha
con seno abultado,
con talle cual palma,
sonrisa graciosa,
de muy linda barba,
con dientes de perlas
y piel nacarada,
mejillas de rosa
y labios de grana,
con piés muy pequeños,
con ojos que lanzan
miradas de fuego,
que hieren y matan,
de formas divinas,
portento de gracias,
que te vuelven loco
y que te entusiasman,
y te vas á ella
sin volver la cara...
Si ves, ya lo he dicho,
mujer tan gallarda,
no te quepa duda,
es una murciana.

Mariano Pina Esquer

CANTARES

I

Muchas veces una mueca
á que llamamos sonrisa,
es la máscara que oculta
un pesar, ó una desdicha.

II

Mientras un número exista
de sábios y de ignorantes,
de pobres y de opulentos,
habrá, mal que pese, clases.

III

Haga calor, viento ó frío,
frente al balcón me verás,
esperando, que algún día,
mi constancia premiarás.

IV

En tu arte ó tu carrera
no pronostiques jamás;
que puedes por un error
tu reputación matar.

Juan Almagre

Sochantrerías

Cuando miro á una mujer
«me pongo á considerar»:
¡Que de una cosa tan mala,
nadie se puede librar!

En el mundo, las mujeres,
son igual que las ortigas:
estando lejos, agradan,
pero estando cerca, pinchan.

Al pié de una sepultura
se puso un negro á cantar:
¡Vaya una suerte más negra
que me vino Dios á dar!

Si una mujer, siendo fea,
se tiene por un tesoro,
es lo mismo que si un calvo
se viene poniendo moños.

Dos cajones de tabaco,
tengo llenos de poesias;
y es que el tabaco y mis versos,
tienen los dos nicotina.

Augusto Díez Carbonell

Madrid, Enero 95.